

Editorial



Corrían las últimas horas del año 1999. El paso del siglo presagiaba la llegada del Y2K, un episodio que se suponía iba a marcar una ruptura y traería grandes cambios en todo el mundo. Pasadas las primeras horas del año 2000, los noticieros del mediodía anunciaban que, pese a las predicciones y los temores de voces expertas, no había pasado nada. ¿Pero no pasó nada?, Claro que pasó, y hoy con más fuerza se viven las consecuencias de ese cambio.

Marcando su diferencia sobre los demás seres vivos, los hombres han exhibido a lo largo de la historia su capacidad de imaginar más allá de lo que tienen frente a sus ojos: primero en la literatura, el cine, los cuentos, y luego en la realidad. Esa ha sido la forma de explorar lo desconocido y de construir nuevos mundos. Así, la tecnología que utilizamos hoy —que maravilla a unos y aterroriza a otros— es consecuencia de años, siglos de ideación y de desarrollo. Herramientas que han emergido con aparente rapidez en el primer cuarto de este siglo son la materialización y potenciación de viejos conceptos que en virtud de los avances en la informática pueden mostrar su verdadero brillo. Los algoritmos, esencia de la IA, ya se utilizaban en los años 300 a. C, desde que Euclides de Alejandría utilizó uno de ellos para calcular el máximo común divisor de dos números enteros.

En la actualidad, la tecnología ha permeado todos los aspectos de nuestra vida, desde cuestiones básicas como indicar el clima que hará en un lugar y en una hora determinada, o la ruta más rápida que se debe tomar para llegar más prontamente de un punto A a un punto B, hasta cosas más complejas como la de operar drones artillados que actúan cada vez más de forma autónoma en campos de batalla. Hoy todo se piensa en torno a datos, algoritmos e inteligencias artificiales, modelos predictivos que dan respuestas informadas en tiempo real a casi cada cuestión que se imagine. Un oráculo que, aunque con muchas alucinaciones digitales, está siendo consultado y utilizado para construir una realidad que a veces parece desbordar el entendimiento de la mayoría de los seres humanos.

En este escenario tecnológico, las universidades tienen un papel fundamental enmarcado principalmente en dos acciones: la primera está dada en el *pensar*, una acción que le exige reflexionar y proponer desarrollos éticos que pongan siempre en primer plano al hombre; la segunda está dada por *generar* conocimiento técnico, que acorde con esas reflexiones éticas, ayude a los seres humanos a alcanzar un mayor bienestar en sus vidas.

Atendiendo estas dos premisas, la Universidad de Medellín ha recogido en este número de la revista *Apropia* una selección de reflexiones y acciones que, en torno a la IA, ha desarrollado la institución en los últimos años. Investigaciones que saltan de la teoría a la acción, conocimiento interdisciplinario que es reconocido no solo en el ámbito local, sino a nivel internacional. Soluciones que después de ser filtradas por parámetros éticos llegan a la sociedad para atender necesidades apremiantes, acciones que en últimas lo que hacen es facilitar la vida de las personas.

Finalmente, ese debe ser el fin de la educación superior, ayudar a solucionar problemas de la sociedad y mejorar las condiciones para que la gente viva mejor. Ciencia y libertad, conocimiento para todos.

Felipe Jaramillo Vélez

Vicerrector de Extensión y Proyección social.

Título: Neópolis.

Ilustración: Sandra Zuliani Coletti y Luis Alejandro Castro Ocampo